

Códigos

Empezaban las vacaciones, y mi vida transcurría placidamente. Dejaba de ser un chico para ser un hombre, aunque a los dieciocho años, era más un chico que un hombre. Eran otros tiempos. Las tardes se llenaban con fútbol, revistas, maquinitas en el club (flippers) y playa. El divorcio – hecho no tan común en esa época - de mis padres había precipitado mi exilio. Había estado todo el año estudiando en el interior, lejos de Montevideo. Ahora, la casa paterna – en pleno Carrasco - me ofrecía la comodidad que caracterizaba a una familia de clase media alta.

Una tarde, cuando nos disponíamos a merendar, café con leche, torta casera y bizcochos sonó el timbre de la puerta principal.

Cuando Florinda abrió la puerta, pudimos ver como un niño - de unos siete años - pedía algo para comer. Antes de recibir respuesta, Gerardo – mi hermano menor – le dijo a Florinda que lo dejara pasar. Siempre había mucha gente en casa, pero ese día estábamos solos.

- Déjelo pasar Florinda, y por favor traiga otra taza.

Florinda que nos cuidaba y consentía, acostumbrada a más comensales, accedió sin decir nada.

Sin hablarnos, comimos casi todo lo que había. Cuando solo quedaba una galleta dulce nos levantamos. El chico nos agradeció, y antes de irse miró la galleta dulce.

- Dale. agarrala – le dije.

Juntos cruzamos el jardín, lo acompañe hasta la calle, me agradeció nuevamente y se fue caminando despacio rumbo al norte.

Al otro día, a la misma hora, casi la misma escena. Tocaron el timbre, y esta vez yo abrí la puerta. En silencio el chico pidió aprobación con la mirada, y entro a ocupar su lugar.

Algo hablamos, se llamaba Carlos y vivía en los asentamientos de Camino Carrasco. Tenía una educada voracidad, muy similar a la que practicábamos todos a su edad.

Con cierta envidia, noté en ese niño la madurez y los valores que mi padre deseaba para sus hijos. No sabría como explicarlo, pero ese niño ya era un hombre.

Al otro día Carlos nos visitó nuevamente, así durante los siguientes seis días.-

Mi padre estaba poco en casa, pero desde su alejado mundo intentaba que nada faltara. En la cena – el estaba presente - comenté que necesitaba zapatos de fútbol, y fue suficiente para que al otro día en la tarde los tuviera en mi cuarto.-

Como todos los años en verano, en el Carrasco Polo Club se organizaba un campeonato nocturno de fútbol que reunía a los mejores equipos amateurs de Montevideo. Yo había sido invitado por el cuadro de mí ex barrio – el Limburgo de Punta Gorda– seguramente más por la cantidad de amigos que tenía entre sus integrantes, que por mis cualidades técnicas.

Esa noche jugábamos contra el Magenta, cuadro que venía en camión desde regiones desconocidas por nosotros. Era un equipo de gente mayor, un equipo temido, casi un ejército en pie de guerra. Era el partido de segunda hora, empezaba a las diez de la noche.

Las pequeñas tribunas formadas por cinco o seis filas de gradas - que aun se conservan - no eran suficientes para ubicar a todos los asistentes. Era realmente un acontecimiento social y deportivo importante en el barrio.

A las siete de la tarde llegamos todos los integrantes del equipo. Acompañados por amigos y vecinos, estábamos viendo el partido de primera hora, siendo comidos literalmente por los mosquitos de la zona.-

Muchas veces, cuando el viento era propicio, atrás de los arcos se iniciaban pequeñas fogatas para generar humo. Con el humo se pretendía alejar a los mosquitos. Pero las consecuencias casi nunca eran buenas, parecía que los mosquitos usaban diminutas máscaras anti humo, que les permitían continuar con su tarea de perforación y extracción. Jugadores y espectadores debíamos padecer esa molestia adicional – el humo - que entre otros males nos impedía ver claramente el partido.

Calor, espera, mosquitos y humo, toda una tortura,...que el paso del tiempo ha convertido en un entrañable recuerdo. Asociado inseparablemente a un acontecimiento sin igual: jugar al fútbol en el cuadro del barrio.-

Sentado en la última fila, y con el bolso entre mis piernas, esperaba que terminara el primer tiempo para irme a cambiar. En el bolso, los zapatos nuevos, sin estrenar, listos para el debut. Todo transcurría entre bromas, solo interrumpidas con la llegada del camión del cuadro rival. Cuando descendió el ejército se produjo un profundo y respetuoso silencio. Los más veteranos lo interrumpieron rápidamente, y las bromas continuaron.

Cuando termina el primer tiempo, el técnico (don Heber M.) nos mira y dice:

- Vamos muchachos...a vestuarios

Todos se pararon y tomaron su bolso, ... menos yo.

Quedé petrificado, el bolso había desaparecido, y con el bolso los zapatos nuevos.

Durante varios minutos estuvimos todos buscando mi bolso, toda la platea estaba enterada del extravío.

Tan temidos como los mosquitos, eran las pandillas de pequeños carasucias que pese a su corta edad robaban todo lo que veían. Eran vecinos, que vivían en los asentamientos de Camino Carrasco. Cada competencia nocturna era una invitación al saqueo, una cita ineludible.

Las gradas eran abiertas, y desde atrás era muy fácil acercarse sigiloso, sacar todo lo que estuviera apoyado y retirarse sin ser visto.

La oscuridad – y a veces el humo - que rodeaba la cancha facilitaban la huida.

Estaba desesperado. Mientras, el resto de los jugadores empezaban a entrar al vestuario para iniciar ese mágico ritual que es cambiarse y prepararse para empezar un juego.

Desde la puerta, Heber me dió sus últimos consejos:

- Olvidate del bolso, conseguí prestados unos zapatos y cambiate....

Casi llorando de desesperación miré alrededor varias veces sin encontrar respuesta.

Cuando mi desánimo era total, un niño me pregunta:

- ¿Que pasó Jorge? – era Carlitos, el niño que hacía una semana estaba merendando en mi casa.

- Me robaron...la puta madre que lo parió.

- ¿Que te robaron?

- Un bolso con todo,...y unos zapatos nuevos de fútbol.

- De qué color es el bolso?

- Azul....y negro.

- Esperame por acá,...vengo enseguida.

Y salió corriendo, se perdió rápidamente entre los autos del estacionamiento.

Me quedé inmóvil. No sé cuanto tiempo pasó.

Seguramente Carlitos conocía muy bien ese territorio, regresó por otro camino y me sorprendió en mi espera. Me alcanzó el bolso con sus dos manos, me miro y dijo:

- Revisalo

Sin pensar en nada, solo atine a revisar lo que me daba.

Estaba todo, los zapatos nuevos, la billetera con los documentos y algo de plata, el resto de la ropa. Todo, absolutamente todo.

- Falta algo?

- No....está todo.

Nos miramos un segundo – no había tiempo para más - y nos despedimos.

- Te veo mañana en casa.

- Si, mañana.

El partido fue inolvidable para quienes tuvimos la suerte de ganarlo. El resultado fue 4 a 2, y los zapatos nuevos que devolvió Carlitos hicieron dos goles esa noche.-

Al otro día me levanté muy tarde. Esa noche - en sueños - repetí mil veces los goles, no quería despertar.

Pero cuando lo hice, quería saltarme todas las horas y llegar a la cinco de tarde. Solo pensaba en la merienda. A las cuatro y media estaba en la panadería Cartagena, ubicada en Cartagena y Rivera.

Había ido a buscar galletas dulces, las que nos gustaban a mi hermano, a Carlitos y a mí. Esperé que salieran, y llevé una bolsa con quince galletas dulces bien calientes.

Eran días felices.

La mesa estaba lista, tres lugares como siempre.

Nadie en casa sabía lo sucedido en la noche anterior. Había previsto actuar con naturalidad, como si nada hubiera pasado.

La devolución del bolso había sido suficiente para mí.

Pero la espera se hizo larga. Esa tarde sobraron seis galletas dulces.

La devolución del bolso no había sido suficiente para Carlitos.

Y Carlitos no vino más.-

Seudónimo: Pedregullo